

Ellos y ellas. La joven poesía del 27 hecha knolling

Selección de poemas extraídos del libro *Ellos y ellas. La joven poesía del 27*, de Manuel Bernal Romero.

ELLAS Y ELLOS

La joven poesía del 27 hecha *knolling*



1 ELIGE

Elige un poema de la lista disponible y apúntalo en la lista de clase para reservarlo.

2 DESCUBRE

Lee el poema con calma. Después, busca información sobre su autor o autora: quién fue, cuándo vivió, qué escribió, qué temas aparecen en su obra y qué aspectos de su vida o de su época pueden ayudarte a comprender el poema.

3 CREA TU KNOLLING

Realiza un knolling inspirado en el poema. Selecciona y coloca de forma ordenada, estética y significativa diferentes objetos, imágenes, colores, elementos o símbolos que tengan relación con:

- el tema del poema;
- sus sentimientos y emociones;
- sus imágenes y metáforas;
- el autor o autora;
- el contexto histórico o literario;
- aquello que el poema te hace imaginar.

★ Importante: cada elemento debe tener un sentido. El knolling no consiste simplemente en colocar objetos bonitos, sino en interpretar visualmente el poema.

4 RECITA Y EXPLICA

Recita el poema en clase.

Después:

- Cuéntanos quién lo escribió.
- Explica qué significa el poema para ti.
- Explica por qué has elegido cada elemento de tu knolling y qué relación tiene con el poema.

LEE • INVESTIGA • IMAGINA • CREA • RECITA

La poesía también puede verse, tocarse, imaginarse y convertirse en una imagen.

ALBERTI, RAFAEL – Los ángeles colegiales	4
ALEIXANDRE, VICENTE – Los besos.....	4
ALONSO, DÁMASO – Incontrastable divina.....	4
ALTOLAGUIRRE, MANUEL – En Suiza.....	5
AUB, MAX – Verano.....	6
BACARISSE, MAURICIO – Lectura	6
BALLESTEROS GAIBROIS, MERCEDES – Soñar.....	6
BERGAMÍN, JOSÉ – De este silencio.....	6
BUENDÍA, ROGELIO – Los versos	7
BUÑUEL, LUIS – El arco iris y la cataplasma.....	8
CAMPRUBÍ AYMAR, ZENOBIA – Con los pies	8
CEGARRA, MARÍA – He sido.....	8
CERNUDA, LUIS – Amando en el tiempo.....	9
CHABÁS, JUAN – Esta noche es tan honda y tan larga.....	9
CHACEL, ROSA – Mariposa nocturna.....	10
CONDE, CARMEN – Hallazgo.....	11
DE ARTEAGA, CRISTINA – Amor contra Amor.....	11
DE CHAMPOURCÍN, ERNESTINA – Arco iris	12
DE LA TORRE, JOSEFINA – Mis amigos de entonces	12
DE VALDERRAMA, PILAR – Este beso	13
DE LEÓN, RAFAEL – Ojos verdes	14
DEL VALLE, ADRIANO – Naufragio.....	14
DIEGO, GERARDO – A, eme, o, erre.....	15
DOMENCHINA, JUAN JOSÉ – Destierro.....	15
ESPINA, ANTONIO – Tiniebla	16
FARIÑA COBIÁN, HERMINA – Íntima	16
FELIPE, LEÓN – Vencidos.....	17
FERRERAS, MARGARITA – No moriré mientras tú vivas	18
FIGUERA AYMERICH, ÁNGELA – Exhortación impertinente a mis hermanas poetisas.....	18
GARFIAS, PEDRO – Nocturno.....	19
GARCÍA LORCA, FEDERICO – Deseo.....	20
GIL ROËSSET, MARGA – Y es que... ..	20
GUILLÉN, JORGE – Muerte de unos zapatos.....	21
GUTIÉRREZ ALBELO, EMETERIO – Versos a diabolina	21
HINOJOSA, JOSÉ MARÍA – Ya no me besas.....	22

HERNÁNDEZ, MIGUEL – Nanas de la cebolla	23
LAGOS, CONCHA – Ya lo tengo pensado	25
F. LAGUNA, MARÍA – Optimismo.....	25
LAFFÓN, RAFAEL – Invitación a la vida.....	26
LARREA, JUAN – Montoncitos de desnudez.....	26
MADERA, CHONA – Mas... los sueños ahí están.....	26
MARTÍN VIVALDI, ELENA – Lluvia (durante este tiempo)	27
MARTÍNEZ SAGI, ANA MARÍA – El deseo	27
MÉNDEZ, CONCHA – Quisiera tener varias sonrisas.....	28
MORENO VILLA, JOSÉ – Alegría no está en la estrella.....	29
MULDER, ELISABETH – Media hora más tarde.....	29
MUÑOZ DE VARGAS, MARÍA LUISA – A cuatro esquinas.....	29
MUÑOZ ROJAS, JOSÉ ANTONIO – En esta clara tarde, en cuyo quicio	30
OLIVER BELMÁS, ANTONIO – Almendros.....	30
OTERO SECO, ANTONIO – Vendrás.....	31
PEMÁN, JOSÉ MARÍA – La vida ya no es la vida	31
PÉREZ CLOTET, PEDRO – Por el hondo paisaje. Elegías	31
PORLÁN, RAFAEL – Ya vuelven las frescas muchachas.....	32
PRADOS, EMILIO – Cerré mi puerta al mundo.....	32
QUESADA, ALONSO – Dolorosos caminos XIII	33
REJANO, JUAN – Nocturno	33
ROCA DE TOGORES, MARÍA TERESA – La mentira.....	33
ROMO ARREGUI, JOSEFINA – Ser fea	34
ROMERO MARTÍNEZ, JOSÉ MARÍA – Et lux facta est.....	35
ROMERO MURUBE, JOAQUÍN – Kasida de la noche esperada	36
ROMERO, MARINA – Tenía la noche negra	36
ROSALES, LUIS – Autobiografía	36
SALINAS, PEDRO – Si me llamaras.....	37
SÁNCHEZ SAORNIL, LUCÍA – Romance de mujeres libres	37
TEJERO, ISABEL – A Zenobia Camprubí.....	38
TORÓN, SAULO – Habla una voz	38
VILLALÓN, FERNANDO – La luna corniveleta.....	39
ZAMBRANO, MARÍA – Ni brisa	39

ALBERTI, RAFAEL – Los ángeles colegiales

«Ninguno comprendíamos el secreto nocturno de las pizarras
ni por qué la esfera armilar se exaltaba tan sola cuando la mirábamos.
Sólo sabíamos que una circunferencia puede no ser redonda
y que un eclipse de luna equivoca a las flores
y adelante el reloj de los pájaros.
Ninguno comprendíamos nada:
ni por qué nuestros deseos eran de tinta china
y la tarde cerraba compases para al alba abrir libros.
Sólo sabíamos que una recta, si quiere, puede ser curva o quebrada
y que las estrellas errantes son niños que ignoran la aritmética»

ALEIXANDRE, VICENTE – Los besos

No te olvides, temprana, de los besos un día.
De los besos alados que a tu boca llegaron.
Un instante pusieron su plumaje encendido
sobre el puro dibujo que se rinde entreabierto.

Te rozaron los dientes. Tú sentiste su bulto,
En tu boca latiendo su celeste plumaje.
Ah, redondo tu labio palpitaba de dicha.
¿Quién no besa esos pájaros cuando llegan, escapan?

Entreabierta tu boca vi tus dientes blanquísimos.
Ah, los picos delgados entre labios se hunden.
Ah, picaron celestes, mientras dulce sentiste
que tu cuerpo ligero, muy ligero, se erguía.

¡Cuán graciosa, cuán fina, cuán esbelta reinabas!
Luz o pájaros llegan, besos puros, plumajes.
Y oscurecen tu rostro con sus alas calientes,
que te rozan. revuelan, mientras ciega tú brillas.

No lo olvides. Felices, mira, van, ahora escapan.
Mira: vuelan, ascienden, el azul los adopta.
Suben altos, dorados. Van calientes, ardiendo.
Gimen, cantan, esplenden. En el cielo deliran.

ALONSO, DÁMASO – Incontrastable divina

Qué hermosa eres, libertad. No hay nada
que te contraste. ¿Qué? Dadme tormento.
Más brilla y en más puro firmamento
libertad en tormento acrisolada.

¿Que no grite? ¿Mordaza hay preparada?
Venid: amordazad mi pensamiento.
Grito no es vibración de ondas al viento:
grito es conciencia de hombre sublevada.

Qué hermosa eres, libertad. Dios mismo
te vio lucir, ante el primer abismo,
sobre su pecho, solitaria estrella.

Una chispita del volcán ardiente
tomó en su mano. Y te prendió en mi frente,
libre llama de Dios. Libertad bella.

ALTOLAGUIRRE, MANUEL – En Suiza



A C.M.
Si estuvieses aquí,
frente a este mundo
de silencio y blancura,
después de recorrer con la mirada
las bajas nubes y las altas nieves,
el resumen gozoso del paisaje
encontraría en tus ojos.
Pero tu ausencia es ciega.
Los ojos que recuerdo al recordarte
a otros lugares miran.
Ni presienten ni ven esta hermosura.
Los hondos ríos, el lago, las montañas,
el clarísimo frío de mi frente,
distintos son del fuego de tus labios,
de tus ojos, del mar, de tus llanuras.
Si yo pudiera a tu recuerdo darle
vida, o si pudiera, al menos,
convertirme en un recuerdo tuyo,
viviendo sólo donde tú me pienses.
Si fuera el cuerpo lo invisible
y el alma lo real,
me verías siempre,
y esta luz, este cielo, estos declives,
serían un blanco sueño.

AUB, MAX – Verano

Igual que en amor,
lo que dieras, doy.
Después de haber dado
por nubes su nieve,
campo, espejo fiel,
por azul da verde.
Igual que en amor
lo que dieras, doy.
Julio dará su mies
al sol que más caliente,
voluptuosa miel
que al viento ondula y cede.

BACARISSE, MAURICIO – Lectura

Corazón mío, no te exaltes.
Fija los ojos en el libro;
mira, las gráciles, letras, en la celulosa,
como las momias en los siglos.

Olvida el canto y la medalla.
(El rizo olía de otoño.)
Aún le han de crecer al libro muchas yemas cuando
estés perdido en el reposo.

Todo será para la cifra.
Han de cifrarse tus latidos,
y han de ser piedras, como las que descansan
en las meditaciones de los ríos.

BALLESTEROS GAIBROIS, MERCEDES – Soñar

Quiero soñar,
para saber
lo que es pensar.
Quiero dormir,
para soñar,
para saber
lo que es amar.

BERGAMÍN, JOSÉ – De este silencio

De este silencio
no oiréis más mi voz.
Y cuando se rompa,

ya no seré yo

el mismo que os hable
de nuevo, sino
otro, que se ha muerto,
al que nadie oyó.

BUENDÍA, ROGELIO – Los versos

Los versos son los niños
del alma que no pueden ser metidos
en cárceles ni en tristes calabozos
porque su vida es luz y es armonía
y juegan, inocentes, en los parques
de todos los alegres días de fiesta
que no se llaman lunes ni domingos.

Los versos son la gracia de la vida
y no pueden llevarse a sanatorios
ni comprimir en máquinas neumáticas
ni tundir con grandes garrotes ni palabras.

Ellos cantan, rebrincan, dan sus gritos,
inocentes, lumínicos, radiantes,
en medio de las pistas blancas, como
titiriteros inconscientes que alzan
sus piernas alambres en sol y azules,
atrevidos, sin pizca de malicia,
sin temor al maestro de la escuela
ni al guardia de la esquina. Cantarinos
como el agua, mis niños, mis colegios,
en plena luz y en plena alegoría,
cantando siempre, van en una alegre
bandada como pájaros del cielo
que se posasen en la blanca nieve
donde hicieron sus nidos y se fueron
a todos los países del ensueño.

Venid, cogedlos. No los cogeréis,
porque, ¿quién ata un niño a un hombre duro?
Digo yo a los prosaicos hombres fríos
y a los que envidian, ¿quién en prisión mete
a los versos sencillos y fugaces
ni los ensartan como a muñecajos
con el filo cruel de un duro sable?

BUÑUEL, LUIS – El arco iris y la cataplasma

"¿Cuántos maristas caben en una pasarela?

¿Cuatro o cinco?

¿Cuántas corcheas tiene un tenorio?

1.230.424

Esas preguntas son fáciles.

¿Una tecla es un piojo?

¿Me constiparé en los muslos de mi amante?

¿Excomulgará el Papa a las embarazadas?

¿Sabe cantar un policía?

¿Los hipopótamos son felices?

¿Los pederastas son marineros?

Y estas preguntas, ¿son también fáciles?

Dentro de unos instantes vendrá por la calle
dos salivas de la mano
conduciendo un colegio de niños sordomudos.

¿Sería descortés si yo les vomitara un piano
desde mi balcón? "

CAMPRUBÍ AYMAR, ZENOBIA – Con los pies

Con los pies desnudos
y el cabello suelto
oía la música
en mi pensamiento.
Sentía la música
Latiéndome dentro
y también la latía
mi corazón muerto.

CEGARRA, MARÍA – He sido

He sido una sencilla profesora de química.
En una ciudad luminosa del sureste.
Después de las clases contemplaba el ancho mar.
Los dilatados, infinitos horizontes.
Y los torpedos grises de guerras dormidas.
He quemado mis largas horas en la lumbre
de símbolos y fórmulas. Junto a crisoles
de arcilla al rojo vivo hasta encontrar la plata.
No he descubierto nada.
No tengo ningún premio.
A Congresos no asistí.

Medallas y diplomas
nunca me fueron dados.
Minúscula sapiencia para tan grandes sueños.
Pequeñez agobiante para inquietudes tantas.
Y rebelde ha surgido, como agua en desierto,
el manantial jugoso, intenso, apasionado,
–dulce herencia entrañable– que tiene la riqueza
de llenar de poesía tan honda desolación.
Y, del resto salvado, rebrotar lo necesario.

CERNUDA, LUIS – Amando en el tiempo

El tiempo, insinuándose en tu cuerpo,
tal la nube de polvo en fuente pura,
aquella gracia antigua desordena
y clava en mí una pena silenciosa.
Otros antes que yo vieron un' día,
y otros luego verán, cómo decir
la amada forma esbelta, recordando
de cuánta gloria es cifra un cuerpo hermoso.
Pero la vida sólo la aprendemos,
y placer y dolor se ofrecen siempre
tal mundo virgen para cada hombre.
Así mi pena inculta es nueva ahora.
Nueva como lo fuese al primer hombre,
que cayó con su amor del paraíso
cuando viera, tal cielo ya vencido
por sombra, envejecer el cuerpo amado.

CHABÁS, JUAN – Esta noche es tan honda y tan larga

¡Esta noche es tan honda y es tan larga!
El silencio se torna penetrante
lo mismo que el aroma de las rosas
que entre tus brazos nacen
del abril de tu cuerpo.
En la quietud del aire
respiro entre las sombras
tu aliento y tu mirada. Nadie sabe
que estás aquí y suspiras
con la brisa y las hojas, tibia carne
dormida entre jazmines; que te lleva
esa nube que pasa; que tu talle
se asoma tiernamente a las ventanas
que las estrellas abren,
dormidas, en el cielo.
Nadie te ve ni siente; nadie sabe

que estás aquí en mis labios;
que entre mis manos late
el olor de tu pelo; que tus ojos,
profunda sombra dulce, se entreabren
dentro del pecho mío.
No, amor, nadie lo sabe;
nadie, ni tu, mi amor, sabe que estoy
esperando contigo y a solas que pase
esta noche tan larga;
esperando que acabe
esta noche y despierte
el alba, el día, el aire
¡el alba, el aire, el día entre tus brazos!
¡amor, amor, amor, nadie lo sabe!

CHACEL, ROSA – Mariposa nocturna

¿Quién podría abrazarte, diosa oscura,
quién osaría acariciar tu cuerpo
o respirar el aire de la noche
por entre el pelo pardo de tu cara?...
¡Ah!, ¿quién te enlazaría cuando pasas
sobre la frente como un soplo y zumba
la estancia sacudida por tu vuelo
y quién podría ¡sin morir! sentirte
temblar sobre los labios detenida
o reír en la sombra, descubierto,
cuando tu manto azota las paredes?...
¿Por qué venir a la mansión del hombre
si no se es de su carne ni se tiene
voz ni se puede comprender los muros?
¿Por qué traer la ciega noche extensa
que no cabe en el cáliz de los límites...
Desde el tácito aliento de la sombra
que la floresta tiende en las vertientes
-quebrada roca, imprevisible musgo-,
desde troncos o lazos de lianas,
desde la voz lasciva del silencio
vienen los ojos de tus alas lentas.
Da la datura su canción nocturna
que trasciende al compás que va la hiedra
ascendiendo hacia el talle de los árboles
cuando el crótalo arrastra sus anillos
y leves voces laten en gargantas
entre el cieno que nutre al lirio blanco
mirado por la noche intensamente...

Sobre montes velludos, sobre playas
donde las olas blancas se deshojan
la soledad tendida está a tu vuelo...
¿Por qué traes a la alcoba,
a la ventana abierta, confiada, el terror?...

CONDE, CARMEN – Hallazgo

Desnuda y adherida a tu desnudez.
Mis pechos como hielos recién cortados,
en el agua plana de tu pecho.
Mis hombros abiertos bajo tus hombros.
Y tú, flotante en mi desnudez.
Alzaré los brazos y sostendré tu aire.
Podrás desceñir mi sueño
porque el cielo descansará en mi frente.
Afluentes de tus ríos serán mis ríos.
Navegaremos juntos, tú serás mi vela,
y yo te llevaré por mares escondidos.
¡Qué suprema efusión de geografías!
Tus manos sobre mis manos.
Tus ojos, aves de mi árbol,
en la yerba de mi cabeza.

DE ARTEAGA, CRISTINA – Amor contra Amor

Me preguntan los hombres: "¿No has dudado?"
¡Cómo pude dudar, pues te sentí!
¡Si fuiste mi tormento exasperado,
si con hierro candente me has sellado
pata Ti!

Te combatí las noches y los días,
quise olvidar tu amor; ¡no lo logré!
Después de cada crisis resurgías.
Inexorablemente me decía:
"Sígueme".

Nadie sospechará lo que he sufrido.
¡Tú lo sabes, Señor!
Nunca quieras echar en el olvido
que todo el drama de mi vida ha sido
la lucha del amor contra el Amor.

DE CHAMPOURCÍN, ERNESTINA – Arco iris

Fuiste rojo, verde, negro...
Sucesión, multicolor
de sombras y de silencios.
Yo desplegué el abanico
de tus personalidades,
que tiñeron de arco iris,
las cortinas de la tarde.
Múltiple cromo, volcado
por ti, sigilosamente,
en el hueco de mis manos.
Fuiste duro, suave, eterno.
Variaciones de ti solo,
en la unidad de mis sueños.

DE LA TORRE, JOSEFINA – Mis amigos de entonces

Mis amigos de entonces,
aquellos que leíais mis versos
y escuchabais mi música:
Luis, Jorge, Rafael,
Manuel, Gustavo...
¡y tantos otros ya perdidos!
Enrique, Pedro, Juan,
Emilio, Federico...,
¿por qué este hueco entre las dos mitades?
Vosotros ayudasteis
a la blandura del que fue mi nido.
Yo me formé al calor
que con vuestras palabras me envolvía.
Me hicisteis importante.
Con vuestro ejemplo,
me inventé una ambición
y tuve
vuelos insospechados de gaviota.
Gaviota, sí,
porque fue el mar mi espejo
y reflejó mi infancia, mis setiembres.
¡Amigos que de mí hicisteis nombre!
A la mitad vertiente de mi vida
hoy os llamo.
¡Tendedme vuestras manos!
Yo me sentí nacer,
para luego rozar de los cimientos
la certera caricia.
Pero de pronto,

un día me cubrió lo indefendible,
algo sin cuerpo, sin olor, sin música...,
y me sentí empujada,
cubierta de ceniza,
borrada con olvido.
¿Dónde estabais vosotros, compañeros,
vuestras letras de molde, vuestro ingenio,
vuestra defensa
contra el desconocido ataque?
¡Oh, amigos!
Enrique, Pedro, Juan,
Emilio, Federico...,
nombres
que no responderán mi voz.
Manuel, Gustavo,
lejos...
Luis, Jorge, Rafael...
Que aunque el afán
vientos nos dé para encontrarnos,
ignoro en qué ciudad
y si llegará el día
en que vuelva a sentirme descubierta.

DE VALDERRAMA, PILAR – Este beso

Este beso que tiembla en tu boca
y en la boca mía,
tiene un dejo de amarga verdad,
de dulce mentira,
es licor de muerte
y es a un tiempo venero de vida.
Es Infierno por senda de flores
es la Gloria por senda de espinas.
Es risa entre llanto,
es llanto entre risa.
Es abismo muy hondo... muy negro...
que una astral claridad ilumina.
Es el árbol que guarda en sus ramas
la fruta prohibida,
y cuando a ella se alarga la mano
una fuerza interior, la retira.
Es embrujamiento.
Pecado que brinda
en el fondo un aroma muy puro
de incienso y de mirra...
Pecado que enciende
tanto fuego que, al fin, purifica.

Este beso que fue condenando
nuestros labios a eterna sequía;
que nos fue, poco a poco, mermando
la sangre y la vida...
Ahora ya en el umbral de la muerte
aún le siento que vivo palpita,
este beso que nunca se dieron
tu boca y la mía!

DE LEÓN, RAFAEL – Ojos verdes

Apoyá en er quisio de la mansebía
miraba ensenderse la noche de mayo;
pasaban los hombres y yo sonreía
hasta que a mi puerta paraste el caballo.
«Serrana, ¿me das candela?»
Y yo te dije: «Gaché,
ven y tómalas en mis labios
que yo fuego te daré».
Dejaste er caballo
y lumbre te di,
y fueron dos verdes luceros de mayo
tus ojos pa mí.

Ojos verdes, verdes como la albahaca.
Verdes como el trigo verde
y el verde, verde limón.
Ojos verdes, verdes, con brillo de faca,
que están clavaítos en mi corazón.
Pa mí ya no hay soles, luceros ni luna,
no hay más que unos ojos que mi vía son.
Ojos verdes, verdes como la albahaca.
Verdes como el trigo verde
y el verde, verde limón.

DEL VALLE, ADRIANO – Naufragio

Siglo
milenio
instante
Cuántos después y antes.
Cuántos barcos y lunas cruzaron lo distante
del mar
Mar
Mar, de palabra
Mar, de mirada grave

que al viento da la cara
Y el hombro blando al ave.
Siglo
milenio
instante
Tú y yo
los dos aislados
a dos interrogantes.

DIEGO, GERARDO – A, eme, o, erre

Amor tiene cuatro letras,
vamos a jugar con ellas.
¿Lo ves? Ya estamos en Roma.
Por todas partes se va.
Por todas partes se llega.
El viaje Amor Roma Amor
con billete de ida y vuelta.
Y ahora a jugar con los dados.
«*Alea jacta est*». Espera.
¿Qué lees? Ramo. ¿Qué escuchas?
El ruiseñor se queja
de amor que en el ramo canta,
de amor que en el ramo mora.
Otra vez los dados vuelan
por el aire. Y cae Omar,
un príncipe de leyenda.
¿Amor de Omar? Falta ella.
Arriba los dados. Mora.
Amor de Omar a la mora.
Amor de la mora a Omar.
Siempre armo un juego de amor
que de ramo y que de mora.
Y vienen y van las letras
Buscando ese amor o mar.

DOMENCHINA, JUAN JOSÉ – Destierro

Es la noche sin fin, la desvelada
noche, que con sus filos de cuchilla
implacable recorta en amarilla
muerte, nuestra silueta enajenada.

Vivir, cuando vivir no vale nada,
equivale a sembrar, con la semilla
infecunda, el dolor, que tanto humilla;
de una existencia rota y postergada.

Y el insomnio repite inexorable
el paso de la vida irrevocable,
que, sin dejarse de sentir, se aleja.

¿Dónde nos llevará, tan sin camino,
tan juguete irrisorio del destino,
nuestra razón destartada y vieja?

ESPINA, ANTONIO — Tiniebla

Ronda el diablo la plácida estancia,
el diablo de la cola encarnada...
La Hora se extiende en abismos,
En sensuales lengüetas de llamas.
Que no pase el rojo Poniente encendido.
¡Cerrar las ventanas!
Que la nieve resbale en el vidrio,
que la vida sonría en la escarcha
o en las formas en forma del viento,
O en el drama sin fondo del alma.
La lucha por fuera, descanso por dentro.
¡Cerrar las ventanas!
Cerrar las ventanas,
que no entren amores ni glorias,
irónicos gestos de la mueca humana,
solo quiero mi estancia
silencios y sombras.
¡Cerrar las ventanas!

FARIÑA COBIÁN, HERMINA — Íntima

En el sencillo y amplio comedor
de mi casa de aldea, amante mi familia se reúne
en torno a la mesa.
Papá lee en voz alta los periódicos,
mamá hace calceta,
la abuelita y mis hermanos miran
postales de la guerra.
Junto al brasero encendido
el gato se calienta...
¡Oh, qué calma aquí dentro se ve!
¡Qué temporal fuera!
El viento es implacable
y la lluvia intensa.
Yo escribo en mi Diario unos renglones
de alegría y de pena,

de recuerdo, cariño y de ilusión,
juventud y belleza.
¡Oh, si siempre esta noche dulce y triste
llegase a ser eterna,
aunque el viento y la lluvia no cesaran
con tal que aquí en la aldea
estuviéramos todos reunidos
como ahora en la mesa!
Pero ¡ay! los contrastes de la vida
no tienen, no, fijeza;
y acaso cuando alegres esté una noche
haya en mi casa pena
y en lugar de ser niña como soy
esté tornada vieja
y mi padre y mi madre y la abuelita ya los cubra la tierra...
¡No permitas mi dios, no lo permitas
que yo nunca tal vea!
Pues prefiero morir, ¡Oh, sí, morir,
antes de que ellos mueran!

FELIPE, LEÓN — Vencidos

Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar.

Y ahora ociosa y abollada va en el rucio la armadura,
y va ocioso el caballero, sin peto y sin espaldar,
va cargado de amargura,
que allá encontró sepultura
su amoroso batallar.
Va cargado de amargura,
que allá «quedó su ventura»
en la playa de Barcino, frente al mar.

Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar.
Va cargado de amargura,
va, vencido, el caballero de retorno a su lugar.

¡Cuántas veces, Don Quijote, por esa misma llanura,
en horas de desaliento así te miro pasar!
¡Y cuántas veces te grito: Hazme un sitio en tu montura
y llévame a tu lugar;
hazme un sitio en tu montura,
caballero derrotado, hazme un sitio en tu montura

que yo también voy cargado
de amargura
y no puedo batallar!

Ponme a la grupa contigo,
caballero del honor,
ponme a la grupa contigo,
y llévame a ser contigo
pastor.

Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar...

FERRERAS, MARGARITA – No moriré mientras tú vivas

No moriré mientras tú vivas.
Desesperadamente
mis raíces se alargan.
Eres agua y te busco.
Me revuelco como un pez en la tierra
cuando tú pasas.

FIGUERA AYMERICH, ÁNGELA – Exhortación impertinente a mis hermanas poetisas

A Carmen Conde
Porque, amigas, os pasa que os halláis en la vida
como en una visita de cumplido. Sentadas
cautamente en el borde de la silla. Modosas.
Dibujando sonrisas desvaídas. Lanzando
suspirillos rimados como pájaros bobos.

Pero ocurre que el mundo se ha cansado de céfiros
aromados, de suaves rosicleres o lirios,
y de tantos poemas como platos de nata.

Levantaos, hermanas. Desnudaos la túnica.
Dad al viento el cabello. Requemaos la carne
con el fuego y la escarcha de los días violentos
y las noches hostiles aguzadas de enigmas.
No os quedéis en el margen. Que las aguas os lleven
sobre finas arenas o afilados guijarros.
Que os penetren las sales. Que las zarzas os hieran.
Y, acercando la quilla, remontad la corriente
hacia el puro misterio donde el río se inicia.

Id al húmedo prado. Comulgad con la Tierra
que se curva esponjada de infinitas preñeces,
y dejad que la vida poderosa y salvaje
os embista y derribe como toro bravío
al caer sobre el anca de una joven novilla.

No queráis ignorar que el amor es un trance
que disloca los huesos y acelera las sienes;
y que un cuerpo viviente con delicia se ajusta
al contorno preciso donde late otro cuerpo.

No queráis ignorar que el placer es el zumo
de las plantas agrestes que se cortan con prisa;
y el pecado una línea que subraya de negro
lo brillante del goce.

No queráis ignorar que es el odio un cuchillo
de agudísimo corte que amenaza las venas;
y la envidia una torva dentadura amarilla
que nos muerde rabiosa cada fruta lograda.

No queráis ignorar que el dolor y la muerte
son dos hienas tenaces que nos pisan la sombra
y que el Dios de las cándidas estampitas azules
es un alto horizonte constelado de espantos
que en la oculta vertiente de los siglos aguarda.

Eva quiso morder en la fruta. Mordedla.
Y cantad el destino de su largo linaje
dolorido y glorioso. Porque, amigas, la vida
es así: todo eso que os aturde y asusta.

GARFIAS, PEDRO – Nocturno

Me gustaría que fuese tarde y oscura la tarde de mi agonía.
Me gustaría que quien cerrase mis ojos tuviese manos tranquilas.
Me gustaría que los presentes callasen o llorasen con sordina.
Me gustaría que fuesen pocos y aún menos de los que se necesitan.
Me gustaría que en el silencio del mundo se oyese crecer la espiga.
Me gustaría que la tierra fuese dura como piedra conmovida.
Me gustaría que me llenasen la boca de tierra mía.
Si a los que van a matar
les dan todo lo que pidan
dejadme pedir de muerto
lo que a mí me gustaría.

GARCÍA LORCA, FEDERICO — Deseo

Sólo tu corazón caliente,
Y nada más.

Mi paraíso, un campo
Sin ruiñeñor
Ni liras,
Con un río discreto
Y una fuentecilla.

Sin la espuela del viento
Sobre la fronda,
Ni la estrella que quiere
Ser hoja.

Una enorme luz
Que fuera
Luciérnaga
De otra,
En un campo de
Miradas rotas.

Un reposo claro
Y allí nuestros besos,
Lunares sonoros
Del eco,
Se abrirían muy lejos.

Y tu corazón caliente,
Nada más.

GIL ROËSSET, MARGA – Y es que...

...Y es que...
Ya no quiero vivir sin ti
...no... ya no puedo vivir sin ti...
...tú, como si puedes vivir sin mí
...*debes vivir sin mí...*
...*Sobro...* mi amor, con ser inmenso, al ser yo la razón única,
No debe ser, no tiene justificación ante yo... única justificación que
Siento necesaria... es decir, *creo que hace falta vivir de acuerdo con uno mismo...*
... *Si tú no pudieras vivir sin mí, no sobraría, pero como sobro, lo mejor es irme...*
...Y como sin ti... es que ni quiero, ni me importa nada...
...lo mejor es morirme...

...y para morirse cuando aún se es joven... pues...
hay que matarse...
...y para matarse...
*¡ay!... yo quiero antes, necesito, estar contigo un poco... sintiéndome
feliz.*

GUILLÉN, JORGE – Muerte de unos zapatos

¡Se me mueren! Han vivido
con fidelidad: cristianos
servidores que se honran
y disfrutan ayudando,
complaciendo a su señor,
un caminante cansado,
a punto de preferir
la quietud de pies y ánimo.
Saben estas suelas. Saben
de andaduras palmo a palmo,
de intemperies descarriadas
entre barros y guijarros...
Languidece en este cuero
triste su matiz, antaño
con sencillez el primor
de algún día engalanado
Todo me anuncia una ruina
que se me escapa. Quebranto
mortal corroe el decoro.
Huyen. ¡Espectros-zapatos!

GUTIÉRREZ ALBELO, EMETERIO – Versos a diabolina

¡Cómo me turbas, Diabolina,
juguete elástico!
Con tu reír,
y con tus saltos.
Todos los días juegas
con mi corazón, al diábolo.
Y, unas veces, lo tiras tan alto
que en un zarzal de estrellas
se me queda clavado.
Y, otras si me miras, te distraes tanto
de tus juegos...
que me lo dejas caer en el fango.
Ay, Diabolina, Diabolina:
con miel en el cabello alborotado,
con aceitunas en los ojos,
con guindas en los labios...

Y el rojo tulipán del vestidillo
sobre un marmóreo tallo.
¡Ay, Diabolina, Diabolina,
qué ganas de jugar me han dado!
¡Qué ganas de jugar contigo
en esta primavera del ocaso!
Y, en la cuerda de un verso
-como si fuera otro diábolo-,
darte 1000 y 1000 vueltas...
Para lanzarte encima de los tejados...
tan alto, tan alto,
que pudieras cortarme
el durazno
brillante
de este ocaso.
Y la naranja de la Luna.
Y las margaritas del celeste prado...
¡Y qué dulce ha de ser cuando resbales
por el cordón moreno de mis brazos!
Ay, Diabolina, Diabolina;
con miel en el cabello alborotado.
Con aceitunas en los ojos.
Con guindas en los labios...
¡Ay, Diabolina,
fiesta del verano!

HINOJOSA, JOSÉ MARÍA – Ya no me besas

Un viento inesperado hizo vibrar las puertas
y nuestros labios eran de cristal en la noche
empapados en sangre dejada por los besos
de las bocas perdidas en medio de los bosques.

El fuego calcinaba nuestros labios de piedra
y su ceniza roja cegaba nuestros ojos
llenos de indiferencia entre cuatro murallas
amasadas con cráneos y arena de los trópicos.

Aquella fue la última vez que nos encontramos,
llevabas la cabeza de pájaros florida
y de flores de almendro las sienes recubiertas
entre lenguas de fuego y voces doloridas.

El rumbo de los barcos era desconocido
y el de las caravanas que van por el desierto
dejando sólo un rastro sobre el agua y la arena
de mástiles heridos y de huesos sangrientos.

Aquella fue la última noche que nuestros labios
de cristal y de sangre unieron nuestro aliento,
mientras la libertad desplegaba sus alas
de nuestra nuca herida por el último beso.

HERNÁNDEZ, MIGUEL – Nanas de la cebolla

La cebolla es escarcha
cerrada y pobre:
escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla:
hielo negro y escarcha
grande y redonda.

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.
Pero tu sangre,
escarchada de azúcar,
cebolla y hambre.

Una mujer morena,
resuelta en luna,
se derrama hilo a hilo
sobre la cuna.
Ríete, niño,
que te tragas la luna
cuando es preciso.

Alondra de mi casa,
ríete mucho.
Es tu risa en los ojos
la luz del mundo.
Ríete tanto
que en el alma al oírte,
bata el espacio.

Tu risa me hace libre,
me pone alas.
Soledades me quita,
cárcel me arranca.
Boca que vuela,
corazón que en tus labios
relampaguea.

Es tu risa la espada
más victoriosa.
Vencedor de las flores
y las alondras.
Rival del sol.
Porvenir de mis huesos
y de mi amor.

La carne aleteante,
súbito el párpado,
el vivir como nunca
coloreado.
¡Cuánto jilguero
se remonta, aletea,
desde tu cuerpo!

Desperté de ser niño.
Nunca despiertes.
Triste llevo la boca.
Ríete siempre.
Siempre en la cuna,
defendiendo la risa
pluma por pluma.

Ser de vuelo tan alto,
tan extendido,
que tu carne parece
cielo cernido.
¡Si yo pudiera
remontarme al origen
de tu carrera!

Al octavo mes ríes
con cinco azahares.
Con cinco diminutas
ferocidades.
Con cinco dientes
como cinco jazmines
adolescentes.

Frontera de los besos
serán mañana,
cuando en la dentadura
sientas un arma.
Sientas un fuego
correr dientes abajo
buscando el centro.

Vuela niño en la doble
luna del pecho.
Él, triste de cebolla.
Tú, satisfecho.
No te derrumbes.
No sepas lo que pasa
ni lo que ocurre.

LAGOS, CONCHA – Ya lo tengo pensado

Ya lo tengo pensado:
dejaré de soñar.
Iré sencillamente por la vida,
sin inventar nuevas historias.
Me sentaré a la mesa
y partiré mi pan.
Una mujer puede quedarse
de espaldas a las cosas,
si tiene en su regazo un ser pequeño,
y hasta cerrar los ojos
y decir que comprende lo que no ha visto nunca.
Una mujer sabe, desde muy siempre,
que no puede volar;
y por eso, sin duda,
a cada instante
Una mujer se siente a veces sola.
Una mujer descubre cada noche
que la ventana es marco de su vida.

F. LAGUNA, MARÍA – Optimismo

Ora eres la brisa que infla
las velas de mis empresas,
ora, en mi ánimo de yergues:
palmera que cede y no se troncha.
Siempre que sequedad padezco,
en rocío divino te conviertes,
y si en la oscuridad me pierdo,
a lo lejos resplandece tu arrebol.
Cuando se me asoman a los ojos
lágrimas que el cansancio no impide,
en forma de sonrisa invisible,
penetra en mi corazón.

LAFFÓN, RAFAEL – Invitación a la vida

Pasan las aguas por el cauce
y no terminan de pasar;
mas si de un agua no bebimos
nunca aquel agua tornará.

Y mientras corre el tiempo y llega
la hora feliz que imaginamos,
se va la vida, huyendo siempre,
cual se va el agua entre las manos...

Gocemos hasta marchitarlas
todas las flores del camino,
ya que el dolor jamás perdona
ni un paso de nuestro destino.

Gocemos la vida, gocemos...
¿Quién del mañana gozará?
Gocemos hasta embriagarnos
con una absurda saciedad.

Y aunque de luz se abraze el alma,
presto vayamos a la luz...
¡No hay más que al fin de los caminos,
sobre una lápida, la cruz!

LARREA, JUAN – Montoncitos de desnudez

Islotes de soledad puños de paraíso cerrado
el azul del cielo alumbra mejor que ningún otro síntoma
las relaciones que existen entre mis ojos y los brotes de mujer
cuando la sombra desella el ave que cifra la esperanza del mundo
Pero tú controversia en el verdor
provisto de brazos para vencer la repugnancia de los soñadores
reloj que dosifica el viento de las aventuras
separada de mi cuerpo por una antigua victoria
coronada de rosas iniciativas
por qué piensas que nunca es demasiado tarde
cuando las playas vacilan entre el cielo y sus menudos quehaceres

MADERA, CHONA – Mas... los sueños ahí están...

El recuerdo: todo distinto, al volver...
Hay como una confusión, oscureciendo el ayer,
Los instantes de los ya pasados días,
que crece, crece y se expande.

Sí, que fue mío: yo en él.
Pero en un “yo”
ya no mío.
Todo es distinto, al volver...
Lo presente, ya se sabe: como todo, metal, al rojo
fundido (que nos quema),
que el tiempo lo va enfriando, y
solo nos van quedando, “memorias”
que ya no queman.

Mas... los sueños, ahí están...
librándole la batalla, al que llegue
a descubrir el clima (en que ellos se dan).
Verá que no hay tiempo en él.
Que, en él, no tiene cabida.

Pero sí en mirarse da, sí hacia dentro da,
en mirarse, qué ancha, qué honda la herida,
que advierte llevan el pecho
por cosas y cosas idas... Por dichas
que para siempre se fueron. (Nostalgias mana
la herida. Sobre todo, ay, sobre todo,
si es “cuenta larga” la vida...)

MARTÍN VIVALDI, ELENA – Lluvia (durante este tiempo)

Si la lluvia, manual de nostalgias,
abre su gris presencia.
Si la lluvia recorre los caminos,
si llama con nudillos a las puertas,
si gotea en los cristales,
si acompaña, en silencio, a los amantes,
si apacigua al que llora
y deja su almohada a los enfermos;
si consuela al que triste,
si venda las heridas.
Yo la pido
y la llamo,
aunque luego mi ensueño
se deshaga en cristales.

MARTÍNEZ SAGI, ANA MARÍA – El deseo

Noche
de insomnio negro.
Sobre un talud de cardos
crispada me recuesto.

En cada pliegue blando
recóndito del lecho:
una espina de miel
un cuchillo de fuego.
Incrustado a mi cuerpo
tentáculo feroz y
agresivo: el deseo.

Gritos broncos derriban
murallas de silencio.
Sofocante me absorbe,
la boca que no tengo.
Mordaza de mi mutismo.
Pantera de mi desierto.
Hoguera de mi penumbra.
Abismo de mi tormento.
En un rojo
revuelo
de combates
sin freno
abierta
desmembrada
me consumo y me pierdo.
En la noche demente
resucitada muero:
con la boca quemada
con los flancos ardiendo.
Lívida madrugada
cortará el aire denso.

Y el rostro que persigo
morirá en el espejo.

MÉNDEZ, CONCHA – Quisiera tener varias sonrisas

Quisiera tener varias sonrisas de recambio
y un vasto repertorio de modos de expresarme.
O bien con la palabra, o bien con la manera,
buscar el hábil gesto que pudiera escudarme...

Y al igual que en el gesto buscar en la mentira
diferentes disfraces, bien vestir el engaño;
y poder, sin conciencia, ir haciendo a las gentes,
con sutil maniobra, la caricia del daño.

Yo quisiera ¡y no puedo! ser como son los otros,
los que pueblan el mundo y se llaman humanos:

siempre el beso en el labio, ocultando los hechos
y al final... el lavarse tan tranquilos las manos.

MORENO VILLA, JOSÉ – Alegría no está en la estrella

Alegría no está en la estrella
ni en la mar de la noche, blanda.
Alegría vive en la selva
más confusa y enmarañada,
y allí brinca, retoza y huye
como cabra montés del alma.
No, no estás en la estrella absorta,
ni en la mar de la noche blanda...
¡Alegría, cabra montés
que aparece en la cumbre y salta!

MULDER, ELISABETH – Media hora más tarde

Es la media hora mala de la desilusión;
la que convierte en hieles la miel del corazón.
La que llega imponente, impasible, implacable,
derrumbando el castillo que nos pareció estable.
La que apaga la risa iniciando el lamento;
la hora gris del hastío... La del remordimiento.
La que muestra el fantasma azul del idealismo
convertido en el barro negro del prosaísmo.
Es la media hora mala de los nervios revueltos,
la hora en que triunfantes van los diablos sueltos...

Yo, pues, me felicito de no haberte querido:
Media hora más tarde me habría arrepentido.

MUÑOZ DE VARGAS, MARÍA LUISA – A cuatro esquinas

Con mi corazón jugaba
el ensueño a cuatro esquinas:
una esquina era el anhelo,
otra esquina la ilusión;
una esquinita la dicha
y otra esquinita el amor.
Entre las cuatro, riendo,
saltaba mi corazón.
Con mi corazón jugaba
la amargura a cuatro esquinas:
una esquina era el olvido,
otra esquina la pasión;
una esquinita la pena

y otra esquinita el dolor.
Entre las cuatro, llorando,
pasaba mi corazón.

MUÑOZ ROJAS, JOSÉ ANTONIO – En esta clara tarde, en cuyo quicio

En esta clara tarde, en cuyo quicio
reclinado y cantando está el sosiego,
ha venido a tocarme con su fuego
y de entonces me tiene a su servicio.

¡Ay corazón, sin más ansia ni oficio
que latir en lo oscuro para uego
reposar en lo oscuro, y en lo ciego
encontrar la razón de tu ejercicio!

Igual que el mar contra la costa quiebra
una vez y otra vez, tú contra el muro
del pecho tu pujanza vas quebrando;

y lo mismo la costa lo celebra
con una blanca espuma, que en lo oscuro
está siempre secreta resonando.

OLIVER BELMÁS, ANTONIO — Almendros

Este febrero he vivido en un país blanco.

Ramas y ramas se abrían a la luz
de un aire casto.
Yo miraba, miraba.
Aún las voy contemplando.
Aún guardo en mí
sus cifras de pureza,
su presencia de nardos.

Gracias, amor,
por el hallazgo.
Hagamos, sí, porque la vida sea
un febrero tan cálido.
Con musas de cristal en los almendros,
con astros descendidos a los llanos,
con gloria y brisa azul sobre los montes,
con brisa, gloria y sol entre los ramos.

OTERO SECO, ANTONIO – Vendrás

Vendrás.

Sé que vendrás

porque hace mucho tiempo que te espero.

Vendrás

pero no te veré.

Verás, mi huella:

una línea de sueños, de afanes, de amarguras,
como una Vía Láctea cargada de tormenta.

Llegarás, pero yo

habré dejado el hecho de tantos años tristes.

Solo un hueco, una sombra, un molde, una canción.

Yo antes:

tú después.

¡Qué tarde ya para soñar!

¡Qué pronto aún para dormir!

Antes, después, siempre...

PEMÁN, JOSÉ MARÍA – La vida ya no es la vida

La vida ya no es la vida:

sino su sombra adolorida

que pasa por mi canción.

Me voy desangrando en versos

para sacar universo

segunda vez de la nada.

Es mi canción angustiada,

la que eleva de esta suerte

la levedad de las cosas.

¡Con pedazos de mi muerte,

le he dado vida a unas rosas!

PÉREZ CLOTET, PEDRO – Por el hondo paisaje. Elegías

Toda la noche en ti, su aguardiente prisa,

de estrella, nube, flor, cuando del estío;

toda la noche en ti, su acento frío,

cuando la nieve ordena su sonrisa.

Toda la noche, en vilo, en mansa piedra,

sobre tu esbelto tallo, ¡Oh pobre techo,
teja de vana sombra, adusto lecho,
donde la luz más vivida se arredra!

Qué soledad de noches derramada
sobre tu lenta vida, que amanece
ya en limitado cauce, y que se mece
sobre el poniente inmóvil de la nada.

Qué soledad de noches, desvalida,
pulsación de caminos, tu madura,
festividad, tu cántico y tu altura,
sobre azules, montañas esculpida.

Y qué ciego tumulto de jardines,
que se ensalzan a tréboles y ríos,
al dilatado campo, en arduos bríos,
—truncados por el cielo— de confines
remotos, de albas y luces virginales,
parados en su pleno mediodía...
Pero el campo se fuga con su día,
las aguas en sus tiernos manantiales.

Y quedas en tu edad, recién nacida,
techo de vida fiel y helado, muro;
quedas en tu verdad de sueños oscuro,
que más onda pureza te convida.

PORLÁN, RAFAEL – Ya vuelven las frescas muchachas

Ya vuelven las frescas muchachas
por la tarde en las azoteas
a señalar con sus vestidos
las direcciones de los vientos.
Ven zarpar o llegar algo
o bien se quedan como muertas
sobre los pechos enormes
de sus novios los caballos.
De pronto vuelven en sí
cuando el mozo relincho de mármol
las incita un acto de amor.
Entonces disparan los arcos.

PRADOS, EMILIO – Cerré mi puerta al mundo

Cerré mi puerta al mundo;
se me perdió la carne por el sueño...

Me quedé, interno, mágico, invisible,
desnudo como un ciego.
Lleno hasta el mismo borde de los ojos,
me iluminé por dentro.
Trémulo, transparente,
me quedé sobre el viento,
igual que un vaso limpio
de agua pura,
como un ángel de vidrio
en un espejo.

QUESADA, ALONSO – Dolorosos caminos XIII

¡Silencio!
Silencio,
lazarillo piadoso de mi alma...

REJANO, JUAN – Nocturno

La noche nos inventa. Sus amantes,
somos sus preferidos
amantes. Oye cómo
crece su inmenso pulso derramado.
Aprisiona su informe aroma.
¿Duermes?
Soñamos juntos al labio del abismo.
La noche nos inventa. Yo te tengo,
ámbar toda. Tú cortas de mi sangre
las amapolas más lejanas. Bajo
la apasionada luna de tus sienes
advierto que la noche entra en nosotros,
se enardece lo mismo que yo.

¿Sueñas?

Despiertos, sobre el mundo navegamos.
La noche nos inventa. Va naciendo
de este extremado limbo compartido
una rosa que embriaga como el jugo
difuso de la muerte. ¡Acude! ¡Sálvame!
Salva este eterno instante, de las sombras,
detén este latido final.

¿Vives?

Muertos de amor, un lirio nos conduce.

ROCA DE TOGORES, MARÍA TERESA – La mentira

¡No podéis despreciarme! Que es mi sino
vagar en vuestros pechos siempre errante;

me rechazáis, mas me buscáis sin tino,
pues deparada estoy por el destino
a ser vuestra enemiga y vuestra amante.

Soy amada cual soy aborrecida,
yo sé engendrar el odio y el amor,
mi destreza jamás se vio vencida,
que en las lides más fuertes de la vida
vencer supe la dicha y el dolor.

Queréis huir de mí; pero es en vano,
necesitáis mi astucia y mi poder,
las leyes del honor tengo en mi mano,
si yo quiero, ennoblezco al más villano,
y al más noble yo puedo envilecer.

Soy el eje del mundo, y mis antojos
manejan la indulgencia y la maldad;
no debo merecer vuestros enojos
que la verdad no ofrece más que abrojos,
yo soy menos cruel que la verdad.

Sin mí no existiría la esperanza,
doy vida y realidad a la ilusión,

soy el arma mejor de la venganza,
vivo entre la caricia y la acechanza,
después de seros fiel me hacéis traición.

ROMO ARREGUI, JOSEFINA – Ser fea

Hoy he sentido todo el amargo pesar
de saber que es mi rostro casi feo, vulgar;
tal vez tú no comprendas lo hondo de la herida
no sabiendo que adoro el amor y la vida,

la belleza hecha carne de plástica asombrosa,
de suavidad de bruma y de aroma de rosa.
Por eso me he sentido encogida de pena
cuando él me decía, la mirada serena:

no eres bella, más luce sobre tu frente
la magnitud de tu alma escogida y consciente.
¡Ay! La amargura toda se ha agolpado en mi pecho
y el castillo de naipes ha quedado deshecho.

He golpeado mi cuerpo con sañuda fiereza

hasta quedar rendida de dolor y tristeza.
Por ser hermosa, hermosa, de atractivos sin cuento
diera todo este espíritu que tan solo es tormento

que me retiene en hondas meditaciones graves,
mientras las flores mecen sus contornos suaves.
¡Oh! En la Armonía Eterna de ser un triste designio
y en la bella Natura no encontrarse a sí mismo.

Por eso hoy he sentido tan amargo pesar
al saber que es mi rostro casi feo, vulgar,
y llevaré en mi alma el rastro de la herida,
en mi alma enamorada del amor y la vida

ROMERO MARTÍNEZ, JOSÉ MARÍA – Et lux facta est

En la mañana azul de primavera
está la adolescente contemplando
cómo el sol a través de los cristales
llena de oro el suelo de la estancia.
En la nieve del lecho, entre la espuma
de los encajes de las ropas íntimas
se destacan rotundas y opulentas
las milagrosas flores que en su cuerpo
puso una pubertad esplendorosa.
Ella, apartando los encajes, mira
cómo los picos rosas de sus pechos
se elevan en el valle de su torso.
(Menos rosas y menos eucarísticas
le parecen las rosas que se abren
al florecer la Aurora, en los jardines).
Y ve, cómo los conos sonrosados
bajo el encendido roce de sus dedos
se elevan y potentes los rechazan
como el cordero retozón desvía
las manos que acarician sus vellones.
Mira cómo en el valle que se forma
entre los nardos de sus muslos, surgen
unos rizos indóciles que ocultan
los sonrosados labios del deseo.
Y ve que entre sus manos ha nacido
una flor que en su huerto no existía
que es aguda, que es trémula y ardiente
y cuyo brote mágico ha traído
una divina agitación que extiende
un inefable espasmo por su cuerpo
y suspirar le ha hecho emocionada.

El topacio del sol llena la estancia
y en el aire, entre aromas de jazmines
que se marchitan en un vaso, flota
una intensa fragancia femenina.
Soñando está la virgen con Apolo.

ROMERO MURUBE, JOAQUÍN – Kasida de la noche esperada

Yo vi tus ojos... Los vi
en la esquina de algún barrio.
Estabas cerca y lejana
contra el quicio blanqueado.
¡Qué muros de enredaderas
entre gritos y entre nardos
por los patios soñolientos
de la tarde de verano!
Yo vi tus ojos perdidos
en lo que estabas pensando.
Lejana puerta del sueño.
Soledad de beso y llanto.

ROMERO, MARINA — Tenía la noche negra

Tenía la noche negra
su cabellera enredada;
llegó la hoz de la luna
mordiéndole gritos de agua,
y con risas y con cantos
cortó sus melenas largas.
Silbaba sus melodías
la brisa de la mañana,
la noche, sin hacer ruido,
mató sus ansias, descalza,
dejando junto al sendero
sus sandalias enlutadas.

ROSALES, LUIS – Autobiografía

Como el náufrago metódico que contase las olas
que faltan para morir,
y las contase, y las volviese a contar, para evitar
errores, hasta la última,
hasta aquella que tiene la estatura de un niño
y le besa y le cubre la frente,
así he vivido yo con una vaga prudencia de
caballo de cartón en el baño,

sabiendo que jamás me he equivocado en nada,
sino en las cosas que yo más quería.

SALINAS, PEDRO – Si me llamas

¡Si me llamas, sí,
si me llamas!
Lo dejaría todo,
todo lo tiraría:
los precios, los catálogos,
el azul del océano en los mapas,
los días y sus noches,
los telegramas viejos
y un amor.
Tú, que no eres mi amor,
¡si me llamas!
Y aún espero tu voz:
telescopios abajo,
desde la estrella,
por espejos, por túneles,
por los años bisiestos
puede venir. No sé por dónde.
Desde el prodigio, siempre.
Porque si tú me llamas
-¡si me llamas, sí, si me llamas!-
será desde un milagro,
incógnito, sin verlo.
Nunca desde los labios que te beso,
nunca desde la voz que dice:
“No te vayas.”

SÁNCHEZ SAORNIL, LUCÍA – Romance de mujeres libres

Puño en alto mujeres de Iberia,
hacia horizontes preñados de luz
por rutas ardientes, los pies en la tierra,
la frente en lo azul.

Afirmando promesas de vida,
deshacíamos la tradición;
moldeemos la arcilla caliente
de un mundo nacido del dolor.

Que el pasado se hunda en la nada.
¡Qué nos importa el ayer!
Queremos escribir de nuevo
la palabra mujer.

Adelante, mujeres del mundo,
con el puño elevado al azul.
por las rutas ardientes,
¡Adelante,
de cara a la luz!

TEJERO, ISABEL – A Zenobia Camprubí

Como un ala de luz está flotando
tu recuerdo en el alma de las cosas,
bajas de los luceros a las rosas
y entre estrellas y lirios vas cantando.
Fuiste con tu dulzura iluminando
del poeta las sombras silenciosas
y de sus soledades luminosas,
tú, capullos de luz ibas cortando.
Y cuando a solas, hundido en amarguras,
solo quiso el poeta en su delirio
vivir muriendo en su dolor a oscuras.
Tú, te quedaste en su amor prendida
como una mariposa de martirio,
revolando en la angustia de su vida.

TORÓN, SAULO – Habla una voz

He callado sintiendo el horror del combate,
el cañón que derrumba, la metralla que abate,
las espadas sangrantes en la siega feroz;
he callado sintiendo el temblor del espanto,
la tragedia del grito, el quejido del llanto...
porque todo se hacía en el nombre de Dios.
He mirado ciudades convertidas en llamas;
y entre escombros humeantes, muertos niños y ancianos,
en un bárbaro ataque sanguinario y atroz;
he mirado las cunas hechas pastos del fuego,
y he callado ante el loco, he callado ante el ciego...
porque todo se hacía en el nombre de Dios.
He sabido que el hambre hacía estragos tremendos,
que se han dado suplicios y castigos horrendos,
con el odio en el alma y el rugido en la voz;
y ante tanto hecho bárbaro, ante tanto delito,
he llorado de rabia, con dolor infinito,
¡porque todo se ha hecho en el nombre de Dios!

VILLALÓN, FERNANDO – La luna corniveleta

La luna corniveleta
le embistió a una nube blanca.
¡Corre, lucero miguero
con tus sandalias de escarcha!
A un asta quedó prendido
su velo de desposada
—novia la nube venía
de la iglesia de la Gracia.
Ligera corría en el cielo
envuelta en ligera gasa.
Ramos de azahar traía
que en la mano le temblaban.
Corre, lucero miguero,
con tus sandalias de escarchada
que la luna —mala hembra—
en querer es amargada,
cornada tira de envidia
a las nubecitas claras.
Corre, corre, nubecita,
nubecita desposada
con el lucero miguero
que es el lucero del alba,
y acuéstate, que es de día,
en los ojos de su cara.

ZAMBRANO, MARÍA – Ni brisa

Ni brisa ni sombra.
¿Por qué, muerte, así te escondes?
Sal, salte, sácate de tu abismo,
escápate tú, ¿quién te retiene?
¿Por qué no borras con tu mirada el universo?
¿Por qué no deshaces las piedras
con tu sombra, con tu muerte, sólo con tu sombra,
con tu mano desnuda,
con tu rostro de estatua,
desnuda presencia a quien nada resiste?
Enseña, muestra tu cara a los mundos,
que ya no haya espacio,
ni cielos, ni viento, ni palabras.
Quiero hundirme en el silencio.